

Por qué y para qué las bibliotecas en el siglo XXI

José A. Gómez Hernández

He estado siempre muy unido a las bibliotecas. De niño iba a ellas a diario, a leer tebeos o libros y llevármelos a casa. Me sentía muy protegido junto a otras personas diferentes pero haciendo cosas parecidas, en un entorno cuyo orden comprendía, con libros que me hacían compañía. La biblioteca era un lugar que me ofrecía gratuitamente sus colecciones, sin pedir nada a cambio, salvo que volviera a por más. Al llegar a la etapa universitaria seguí usando las bibliotecas, pero en ese momento como un lugar para estudiar y para relacionarme. Tener mi propia biblioteca, los propios libros o discos era entonces una manera de autoafirmación, más gratificante que sacarlos en préstamo. Pero la visita casi diaria a la biblioteca universitaria me ayudaba con el hábito de estudiar: el relativo silencio y la monótona repetición de filas de mesas y sillas convertía la biblioteca en un espacio donde pasar horas leyendo junto a otros, en un refugio que estaba cerca pero a la vez aislado de la calle. Y también era un lugar para quedar con los amigos o encontrar nuevas amistades, por lo que a veces la biblioteca era ocasión de encuentros o coincidencias felices.

Habiendo sido quizás un joven ratón de biblioteca no es de extrañar que empezara a trabajar como bibliotecario cuando acabé la carrera. Como bibliotecario descubrí el placer de sentirme útil ayudando a otras personas a descubrir cosas, a saber más, a dominar las claves de la información o simplemente a aprobar.

Por ello, me costó dar otro paso unos años después: dejar el trabajo en la biblioteca y hacerme profesor de Biblioteconomía, para intentar formar futuros bibliotecarios, personas que contribuyeran al desarrollo de la gente a través de la lectura, la información, la educación de la comprensión y la capacidad crítica. Desde entonces he visitado muchas bibliotecas de distintos países: desde las más grandes a pequeñas bibliotecas en la calle, en mercados, en el Metro... Por todas estas experiencias tengo la convicción de que son un derecho de la gente, parte del derecho a la información, y que usarlas es una oportunidad que cualquiera puede y debe aprovechar en algún momento.

Sin embargo, se que muchas personas no han tenido esas vivencias y no sienten necesidad de ir a las bibliotecas, o tienen una idea de éstas como algo elitista, para eruditos o estudiantes, por lo que temen entrar o se ven intrusos o inseguros si hace años que no las usan. A estas personas les diría que se animen a descubrirlas o redescubrirlas, y que, si les defraudan, reclamen a sus bibliotecarios y a los políticos unas bibliotecas de calidad, que respondan a sus problemas de información, ocio y educación. Y les voy a dar algunas de las razones que compartimos bibliotecarios de todo el mundo para argumentar que merece la pena luchar y dar el paso de entrar en ellas, ya se sea un niño, su madre o su padre, un joven o un anciano, un inmigrante, una persona cualquiera quizás marginada, enferma, parada o con problemas.

Las bibliotecas son un espacio público que favorece la convivencia. En la sociedad actual, cada vez más, coexisten micromundos que no se cruzan, como archipiélagos de islas o grupos que están aislados de los demás pero unidos entre sí por la Red, por gustos comunes, por usar las mismas marcas, por vivir en las mismas urbanizaciones, por tener un mismo estatus o condición. Sin embargo, la ciudad necesita lugares de encuentro, que superen esas barreras que nos separan. La biblioteca es uno de estos espacios, donde además de informarnos adquirimos valores y ejemplos éticos.

Es un reflejo de nuestra sociedad, cada vez más diversa y multicultural: personas de diferentes edades, religiones, culturas o intereses conviven y encuentran en ella lo que quieren. Enseña a convivir con otros, en ella un niño aprende que puede hacer o coger lo que le apetece pero a la vez respetando a los que están al lado. La biblioteca es un lugar que enseña a ser tolerante y respetuoso con los demás.

Cuando acuden juntos padres e hijos (pues las bibliotecas tienen bebeteca, escuela de madres y padres e información o libros para todos) es una experiencia que ayuda a adquirir el hábito a los pequeños, y un ejemplo para demostrarles que ir a grandes centros comerciales llenos de tiendas, consumismo, minicines y restaurantes de comida rápida no es la única forma de ocio familiar conjunta. Llevar a niños a la biblioteca es una manera de ser buenos padres y compartir con ellos nuestro tiempo.

Algo muy especial, es que en ella lo que hay es de todos. Es "nuestro", es mío y me lo puedo llevar, pero a la vez es de los otros y debo cuidarlo y devolverlo. La colección, en parte, se forma con lo que piden los lectores, de modo que se hace entre todos... En un mundo mercantilizado y egoísta hay pocos ejemplos de bien común y, usando las bibliotecas, nos podemos impregnar de valores solidarios.

La biblioteca es un ejemplo de integración de lo local y lo global: en ella interesa la cultura cercana, de su ámbito, pero a la vez es una puerta a Internet como biblioteca universal, a las culturas del mundo, a las manifestaciones espirituales de cualquier pueblo o época.

Las bibliotecas, aunque piensan en los gustos de los lectores, no son esclavas del mercado y los intereses comerciales: en ellas encontramos libros de distintos puntos de vista, épocas y culturas; tenemos lo mayoritario, pero también lo minoritario, lo que no está en el gran expositor del centro comercial para desaparecer a las pocas semanas. Aunque son un espejo de la época que vivimos, producen un reflejo de la cultura un poco más sosegado, estructurado, estable y diverso que el que ofrece la industria cultural, pues en ella hay un bibliotecario que, como un buen bodeguero, sabe elegir y orientar la elección de sus lectores. Nos ayuda, con su orden y clasificación universal de todos los temas, a hacernos una imagen clara de la ciencia, la técnica y el conocimiento.

La biblioteca es una síntesis de tradición y modernidad, estabilidad y cambio. Es un lugar tranquilo o de sosiego, y a la vez es dinámico. Un lugar de calma y luz dentro de la vorágine que es la sociedad actual, y que nos puede ayudar a orientarnos. En efecto, la biblioteca es, por una parte, una institución milenaria, conservadora de la cultura clásica y de la cultura impresa de donde venimos; pero, a la vez, es moderna, pues acoge la tecnología, Internet, los nuevos soportes, el saber actual. En ella las personas mayores se pueden sentir seguras, encontrar sus referencias culturales, pero a la vez les puede servir de puente hacia la sociedad de la información. Los jóvenes, que ya están en la sociedad digital, pueden establecer lazos con el pasado, con valores que también les orientarán. En ese sentido, la biblioteca es como el claro de un bosque, un espacio de lucidez donde aclararse un poco, en el que reposar, alimentarse y orientarse antes de seguir por alguna de sus sendas.

La biblioteca es un servicio público de promoción y compensación de desigualdades, en una sociedad donde hay sectores amplios de pobreza y marginación, y muchas personas con pocos recursos económicos y oportunidades. La gratuidad permite acceder a los documentos a quienes no pueden tener bibliotecas personales. También ofrece acceso a Internet y a los medios de comunicación electrónica a los que no pueden contratar la conexión en su casa, y necesitan consultar su correo electrónico, obtener información de la Red. Para alguien sin hogar una dirección de correo electrónico es un domicilio, un lugar virtual en el cual recibir y transmitir: su posibilidad de comunicación.

Por otro lado, es un centro de referencia para la comunidad en el medio rural, donde a veces no hay librerías, escasean los quioscos o no llegan las redes de banda ancha. Un factor para la calidad de vida y evitar el despoblamiento rural es tener una biblioteca que sea centro de la cultura local, y a la vez de acceso al mundo a través de la Red.

Al sentirse un recurso compensador de las desigualdades sociales, las bibliotecas están, cada vez más, buscando a los usuarios que más las necesitan: los colectivos con falta de visibilidad social, las minorías, los inmigrantes, los reclusos, los enfermos, los mayores, etc.

El principal reto de las personas es poder adaptarse a un mundo en cambio, y para ello hay que estar dispuesto y tener capacidad para estar

aprendiendo de por vida. Las bibliotecas son un recurso para la educación de principio a fin. Ayudan a los escolares en sus actividades, colaboran con maestras y maestros en el desarrollo de planes lectores, y dan recursos a la Escuela cuando ésta carece de buenas bibliotecas escolares. Se implican en programas de adultos, de alfabetización tradicional y digital, fomentando la lectura individualmente y a través de grupos. Las bibliotecas desarrollan programas para que la gente sepa acceder y usar la información, ya sea impresa, multimedia o digital, y a integrarla de modo crítico con sus conocimientos previos. Son lugares donde adquirir la cultura informacional que necesitamos en el mundo presente.

Las colecciones de la biblioteca ayudan a aprender a los que quieren seguir estudiando por su propia cuenta y, como punto de acceso a la Red, permiten seguir cursos a distancia.

Los bibliotecarios pueden darnos ejemplo de cómo conseguir y aprovechar la información, pues su trabajo consiste en seleccionarla, organizarla y difundirla, y eso es lo que hacemos todos cuando aprendemos: procesar información. Los bibliotecarios, que son expertos en documentarse, pueden enseñar a los demás a hacerlo, explicando cómo lo hacen. Por eso, ir a la biblioteca y preguntar a los bibliotecarios es una manera de aprender. Ellos integran documentos, conocimiento y corazón, unen la dimensión humana y la tecnológica del conocimiento y lo comparten.

Éstas son mis respuestas a por qué estimo las bibliotecas y para qué creo que merece la pena ir a ellas. Cuando alguien pasa por una biblioteca, un día cualquiera, me gustaría que pensara que dentro hay gente trabajando para que entre en ellas y esa entrada sea un momento mágico, divertido o útil: bibliotecarios que creemos que podemos ayudar a nuestros convecinos a ser mejores ciudadanos, más críticos y mejor informados.

José A. Gómez Hernández
Profesor de Biblioteconomía de la Universidad de Murcia